

Danny, el campeón del mundo

Roald Dahl

Ilustraciones de Quentin Blake



loqueleg

La gasolinera

Cuando tenía cuatro meses, mi madre murió de repente, y mi padre tuvo que cuidar de mí él solo. Éste era mi aspecto en aquel entonces.



Yo no tenía hermanos ni hermanas.

Así que, durante toda mi infancia, desde los cuatro meses en adelante, no había nadie más que nosotros dos: mi padre y yo.

Vivíamos en un viejo carromato de gitanos detrás de una gasolinera. Mi padre era el dueño de la gasolinera, del

carromato y de un pequeño prado que había detrás, pero eso era todo lo que poseía en el mundo. Era una gasolinera muy pequeña en una pequeña carretera secundaria rodeada de campos y de frondosas colinas.



Mientras yo era bebé, mi padre me lavaba, me daba de comer, me cambiaba los pañales y hacía las millones de cosas que normalmente hace una madre por su hijo. No es una tarea fácil para un hombre, sobre todo cuando, al mismo tiempo, tiene que ganarse la vida arreglando motores de coche y despachando gasolina a los clientes.

Pero a mi padre no parecía importarle. Creo que todo el amor que había sentido por mi madre cuando ella vivía

lo volcaba sobre mí. Durante mis primeros años, nunca tuve un momento de tristeza ni de enfermedad, y así llegué a mi quinto cumpleaños.

Como puedes ver, yo era un niño sucio, manchado de grasa y de aceite de los pies a la cabeza, pero eso era porque me pasaba el día en el taller ayudando a mi padre con los coches.



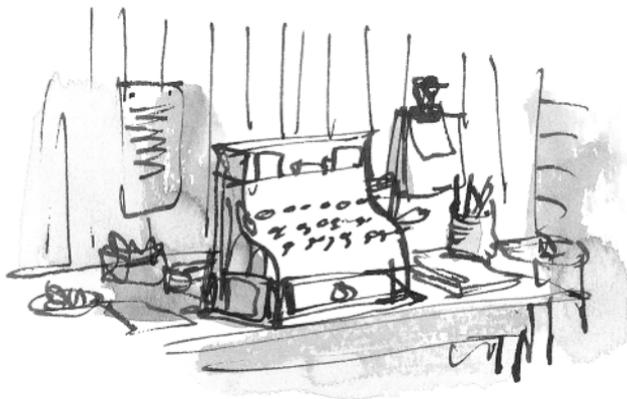
La gasolinera sólo tenía dos surtidores. Detrás de ellos había una cabaña de madera que servía de oficina. Lo único que había en la oficina era una mesa vieja y una caja

registradora para meter el dinero. Era una de ésas en las que aprietas un botón y suena un timbre y el cajón se abre de golpe con mucho ruido. A mí me encantaba.

El edificio cuadrado de ladrillo que estaba a la derecha de la oficina era el taller. Lo construyó mi padre con mucho cariño y era la única casa realmente sólida que había en aquel lugar.

—Tú y yo somos mecánicos —solía decirme—. Nos ganamos la vida reparando motores y no podemos hacer un buen trabajo en un taller sucio.

Era un buen taller, lo bastante grande como para que un coche entrara cómodamente y quedara mucho espacio a los lados para trabajar. Tenía teléfono para que los clientes pudieran acordar una cita y traer sus coches para repararlos.



El carromato era nuestra casa y nuestro hogar. Era una auténtica carreta de gitanos, con grandes ruedas y toda

pintada con bonitos dibujos en amarillo, rojo y azul. Mi padre decía que debía de tener por lo menos ciento cincuenta años. Decía que muchos niños gitanos habían nacido y crecido entre sus paredes de madera. Tirada por un caballo, la vieja carreta debía haber recorrido miles de kilómetros por las carreteras y los caminos de Inglaterra. Pero sus correrías se habían acabado y, como los radios de madera de las ruedas empezaban a pudrirse, mi padre le puso por debajo unas pilas de ladrillos para sostenerla.

Había una sola habitación en el carromato y no era mucho más grande que un cuarto de baño moderno de mediano tamaño. Era una habitación estrecha, de la misma forma que el carromato, y contra la pared del fondo había dos literas, una encima de la otra. La de arriba era la de mi padre y la de abajo, la mía.

Aunque en el taller teníamos luz eléctrica, no nos permitían tenerla en el carromato. Los de la compañía de electricidad dijeron que era peligroso instalar cables en un sitio tan viejo y destartado como ése. Así que conseguíamos el calor y la luz de un modo muy parecido a como lo hacían los gitanos muchos años antes. Teníamos una estufa de leña con una chimenea que salía por el techo y con eso nos calentábamos en invierno. Había un hornillo de parafina para hervir agua o guisar un estofado, y una lámpara de parafina que colgaba del techo.

Cuando me hacía falta un baño, mi padre calentaba agua y la echaba en una cubeta. Luego me desnudaba y



me frotaba de arriba abajo, de pie en la cubeta. Creo que así quedaba tan limpio como si me hubiera lavado en una bañera, probablemente más, puesto que no acababa sentado en mi propia agua sucia.

De mobiliario teníamos dos sillas y una mesita que, junto con una cómoda chiquitita, eran todas las comodidades que poseíamos. Era todo lo que necesitábamos.

El escusado era una especie de cabañita de madera en el prado, a cierta distancia del carromato. En verano estaba bien, pero te aseguro que sentarse allí en un día de nieve, en invierno, era como sentarse dentro de un refrigerador.

Justo detrás del carromato había un viejo manzano. Daba unas manzanas estupendas que maduraban a mediados de septiembre y podías continuar recolectándolas

durante las cuatro o cinco semanas siguientes. Algunas de las ramas del árbol colgaban precisamente sobre el carromato y, cuando el viento hacía caer las manzanas por la noche, muchas veces daban en el techo. Yo las oía caer, pom... pom... pom... encima de mi cabeza, mientras estaba acostado en mi litera, pero esos ruidos nunca me asustaron, porque sabía exactamente qué era lo que los producía.

Me encantaba vivir en aquel carromato de gitanos. Me gustaba sobre todo por las noches, cuando estaba arropado en mi litera y mi padre me contaba cuentos. La lámpara de parafina tenía la llama baja, y yo veía los trozos de madera ardiendo al rojo vivo en la estufa vieja y era maravilloso estar tumbado allí, acurrucado y calentito en mi cama, en aquella pequeña habitación. Y lo más maravilloso de todo era la sensación de que, cuando yo me durmiera, mi padre seguiría allí, muy cerca, sentado en su silla junto al fuego o tumbado en la litera encima de la mía.



El Gigante Simpático

Mi padre era, sin la menor duda, el padre más maravilloso y estupendo que pueda haber tenido niño alguno. Aquí tienen un retrato suyo.

Uno podría pensar, si no lo conocías bien, que era un hombre severo y serio. No lo era. En realidad, era una persona tremendamente divertida. Lo que lo hacía parecer tan serio era que nunca sonreía con la boca. Sonreía con los ojos. Tenía los ojos muy azules y cuando algo le parecía gracioso, se le iluminaban, y si uno miraba atentamente, podía ver una diminuta chispa dorada bailando en sus pupilas. Pero la boca no se movía nunca.

Yo me alegraba de que mi padre sonriera de esa manera. Eso significaba que nunca me dedicaba una sonrisa falsa, porque es imposible hacer que tus ojos chispeen si tú no te sientes chispeante. Sonreír con la boca es diferente. Se puede fingir una sonrisa con la boca siempre que a uno le dé la gana: basta con mover los labios. También he aprendido que una verdadera sonrisa con la boca siempre

va acompañada de una sonrisa con los ojos, así que te aconsejo que tengas cuidado cuando alguien te sonría con la boca si sus ojos no se alteran. Seguro que es falsa.

Mi padre no era lo que se podría llamar un hombre instruido, y dudo que hubiera leído veinte libros en su vida. Pero era un maravilloso narrador. Inventaba un cuento para mí todas las noches, y los mejores se convertían en seriales y continuaban muchas noches seguidas.



Uno de ellos, que debió de durar por lo menos cincuenta noches, trataba de un tipo enorme que se llamaba

El Gigante Simpático¹ o el gs para abreviar. El gs era tres veces más alto que un hombre corriente y sus manos eran tan grandes como carretillas. Vivía en una inmensa caverna subterránea, no lejos de nuestra gasolinera, y solamente salía cuando estaba oscuro. Dentro de la caverna tenía una fábrica de polvos en la que había hecho más de cien clases diferentes de polvos mágicos.

A veces, mientras me contaba sus cuentos, mi padre paseaba arriba y abajo agitando los brazos y moviendo los dedos. Pero generalmente se sentaba cerca de mí, en el borde de mi litera, y hablaba muy bajito.



—El Gigante Simpático hace sus polvos mágicos con los sueños que los niños sueñan mientras duermen —decía.

¹ Este gigante le inspiró el personaje de su libro *El Gran Gigante Bonachón*.

—¿Cómo? —preguntaba yo—. Dime cómo, papá.

—Los sueños, cariño, son algo muy misterioso. Flotan en el aire de la noche como nubecillas, buscando a la gente que duerme.

—¿Se pueden ver?

—Nadie los puede ver.

—Entonces ¿cómo los caza el Gigante Simpático?

—¡Ah! —decía mi padre—. Eso es lo interesante. Verás, mientras flota en el aire de la noche, el sueño hace un ruidito como un zumbido, un sonido tan suave y tan bajo que es imposible que las personas normales lo oigan. Pero el gs lo oye fácilmente. Él tiene un oído fantástico.

A mí me encantaba la expresión lejana e intensa que aparecía en la cara de mi padre cuando estaba contando un cuento. Su cara se ponía pálida, serena y distante, y no advertía nada de lo que le rodeaba.

—El gs —decía— puede oír los pasos de una catarina cuando camina sobre una hoja. Puede oír los murmullos de las hormigas que corretean por el sueño cuando hablan entre ellas. Puede oír el agudo grito de un árbol cuando un leñador lo corta con el hacha. ¡Ah!, sí, mi vida, hay todo un mundo de sonidos a nuestro alrededor que no oímos porque nuestros oídos no son lo bastante sensibles.

—¿Y qué pasa cuando él recoge los sueños? —preguntaba yo.

—Los mete en botellas de cristal y aprieta bien los tapones. Tiene miles de botellas de ésas en su cueva.

—¿Recoge los sueños malos además de los buenos?

—Sí —contestaba mi padre—. Recoge de los dos. Pero sólo usa los buenos para sus polvos.

—¿Qué hace con los malos?

—Los hace estallar.

Me es imposible decirte cuánto quería yo a mi padre. Cuando estaba sentado junto a mí, en mi litera, yo deslizaba la mano en la suya y él doblaba sus largos dedos en torno a mi puño, apretándolo.



—¿Qué hace el gs con los polvos que fabrica?

—En plena noche —contaba mi padre— va mero-deando por los pueblos y busca casas donde haya niños dormidos. Por su gran estatura alcanza las ventanas que están en un primero y hasta en un segundo piso, y cuando